

Plaza pública

para la edición del 12 de julio de 1995

Chihuahua y Michoacán

Miguel Ángel Granados Chapa

El domingo pasado se efectuaron elecciones, de diversa naturaleza y alcance, pero de semejante trascendencia, en Chihuahua y en Michoacán. En la entidad michoacense se renovaron la legislatura local y los ayuntamientos. En el estado que constituye el principal baluarte del Partido de la Revolución Democrática, esa agrupación realizó comicios internos para escoger candidato a gobernador.

En Chihuahua el PRI mostró una inesperada capacidad de recuperación, y dominará de nuevo el Congreso local, y salvo Ciudad Juárez, gobernará otra vez los principales municipios. El resultado fue sorprendente medido a la luz de las tendencias que han favorecido a Acción Nacional en otras entidades. Junto a los triunfos de Jalisco y Guanajuato, su virtual victoria en Yucatán y el gran avance que observó en Durango, parecía repetible el resultado que llevó hace tres años no sólo a Francisco Barrio a la gubernatura sino a los diputados panistas a controlar la legislatura. Pero no fue así, y se produjeron en cambio cifras adversas que acaso generen repercusiones de larga dimensión.

Aunque no sea precisable con exactitud la causa del retroceso panista, se pueden aventurar conjeturas sobre su origen. Antes, sin embargo, hay que situar el

fenómeno en su justa medida, pues la pérdida de cargos de decisión no corresponde proporcionalmente a la falta de apoyo ciudadano. En efecto, aunque no se conocen todavía los números definitivos, la votación favorable al PAN no disminuyó de manera abultada. En realidad, parece que el electorado se dividió casi a la mitad, una para cada una de las opciones panista y priísta. Esa afirmación lleva a decir que las otras dos fuerzas en presencia, el PRD y la coalición del PT y el comité de defensa popular, la tienen muy tenue, casi imperceptible.

Salvo ahora mismo, en que hay una deplorable coincidencia, Chihuahua ha vivido ciclos económicos diversos de los habidos en el resto del país. Cuando hubo recesión en el resto de la república, se observó un auge económico en esa entidad, que se trocó en su contrario durante los tres años recientes. La falta de inversiones se agravó en ese mismo lapso por la sequía que ha golpeado con graves pérdidas al campo chihuahuense. De modo que prevalece una honda insatisfacción social, que quizá se expresó con un voto de castigo al gobierno estatal, pues los votantes no quisieron distinguir entre el poder federal que dicta y aplica la política económica y el estatal que sufre sus consecuencias. La dificultad de percibir las diferencias acaso proviene de la actitud del gobernador Barrio ante los Presidentes de la República con los que ha tratado, actitud que produce confusión entre los modos y las metas del PRI y el PAN. El gobernador se significó por su salinismo luego de que el Presidente se apresuró a felicitarlo por su victoria y asistió a su toma de posesión.

Y ahora el Ejecutivo tiene del gobernador de Chihuahua una magnífica opinión, derivada del espíritu cooperativo que muestra Barrio, contrastante con la rispidez en sus relaciones con el poder federal, en medio de la cual está concluyendo Ernesto Ruffo su gobierno en Baja California.

Aparte la disciplina de gobernar en un ambiente donde el principal adversario no está bocabajeado como lo estuvo en el trienio anterior, Acción Nacional y barrio enfrentan el riesgo de que la legislatura local se convierta en un obstáculo que empeore su posición ante el electorado, porque dificulte o impida acciones de gobierno. Con un poquito de esfuerzo (sólo le hace falta un voto) la mayoría priista hasta podrá emprender reformas constitucionales, que den marcha atrás al proyecto panista. Uno de los temas en que puede generarse un retoceso es en la legislación electoral, modificada por barrio para hacer descansar la organización electoral en los ciudadanos y en un tribunal autónomo y de pleno derecho. A pesar de que los resultados muestran que esa iniciativa no es antipriista por definición, el Partido Revolucionario Institucional puede interpretar su triunfo como un mandato para caminar en reversa también en ese sentido. Una actitud así en ese y otros puntos produciría eventualmente un grave conflicto entre poderes.

En Michoacán se concretó el choque anunciado entre los perredistas que buscan abanderar a su partido en la contienda por la gubernatura. Quizá desde que fueron personajes prominentes en el gobierno estatal del ingeniero

Cuauhtémoc Cárdenas (1980-86), pero más abiertamente desde que ambos ganaron las senadurías michoacanas en 1988, Cristóbal Arias y Roberto Robles Garnica se trenzaron en una batalla dentro de la cual se libra ahora la escaramuza final. Desde entonces, pero de modo acusado en los meses recientes, las tendencias encabezadas por ellos se han enfrentado tan ruidosa y vejatoriamente que parecen pertenecer a partidos enemigos y no a corrientes que coexisten en uno que lleva en su apellido su propósito democrático. Tales actitudes amenazan no sólo anular el ejemplo que su partido procura dar en la forma de escoger candidatos, sino también exasperar a los ciudadanos que sin ser militantes perredistas ha elegido esa opción para manifestar su rechazo al PRI. Ablandados por una persistente campaña propagandística que pone énfasis en la rijosidad perredista (sin detenerse, por supuesto, a explicar la causa de tal actitud), esos votantes pueden volver de nuevo sus ojos a Acción Nacional, al que mantuvieron durante décadas como la principal fuerza opositora en la entidad.

Salvo que se anulara el ejercicio interno, lo que sería suicida, es claro que Arias ostentará la candidatura perredista al gobierno michoacano. Lejos de que esa decisión de los votantes sea un obstáculo para el desarrollo de ese partido, sus líderes pueden aprovechar la ocasión para una honda autocrítica de la que resulte reconciliación eficaz, y no ruptura estéril

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Chihuahua y Michoacán

El PRI recuperó en Chihuahua porciones importantes del espacio político perdido hace tres años, pues dominará la Legislatura local, mientras que en Michoacán el PRD enfrenta una crisis de la cual puede salir maltrecho o fortalecido.



EL DOMINGO PASADO SE EFECTUARON ELECCIONES, de diversa naturaleza y alcance, pero de semejante trascendencia, en Chihuahua y en Michoacán. En la entidad norteña se renovaron la Legislatura local y los ayuntamientos. En el estado que constituye el principal baluarte del Partido de la Revolución Democrática, esa agrupación realizó comicios internos para escoger candidato a gobernador.

En Chihuahua el PRI mostró una inesperada capacidad de recuperación, y dominará de nuevo el Congreso local, y salvo Ciudad Juárez, gobernará otra vez los principales municipios. El resultado fue sorprendente medido a la luz de las tendencias que han favorecido a Acción Nacional en otras entidades. Junto a los triunfos de Jalisco y Guanajuato, su virtual victoria en Yucatán y el gran avance que observó en Durango, parecía repetible el resultado que llevó hace tres años no sólo a Francisco Barrio a la gubernatura sino a los diputados panistas a controlar la Legislatura. Pero no fue así, y se produjeron en cambio cifras adversas que acaso generen repercusiones de larga dimensión.

Aunque no sea precisable con exactitud la causa del retroceso panista, se pueden aventurar conjeturas sobre su origen. Antes, sin embargo, hay que situar el fenómeno en su justa medida, pues la pérdida de cargos de decisión no corresponde proporcionalmente a la falta de apoyo ciudadano. En efecto, aunque no se conocen todavía los números definitivos, la votación favorable al PAN no disminuyó de manera abultada. En realidad, parece que el electorado se dividió casi a la mitad, una para cada una de las opciones panista y priísta. Esa afirmación lleva a decir que las otras dos fuerzas en presencia, el PRD y la coalición del PT y el Comité de Defensa Popular, la tienen muy tenue, casi imperceptible.

Salvo ahora mismo, en que hay una deplorable coincidencia, Chihuahua ha vivido ciclos económicos diversos de los habidos en el resto del país. Cuando hubo recesión en el resto de la República, se observó un auge

económico en esa entidad, que se trocó en su contrario durante los tres años recientes. La falta de inversiones se agravó en ese mismo lapso por la sequía que ha golpeado con graves pérdidas al campo chihuahuense. De modo que prevalece una honda insatisfacción social, que quizá se expresó con un voto de castigo al gobierno estatal, pues los votantes no quisieron distinguir entre el poder federal que dicta y aplica la política económica y el estatal que sufre sus consecuencias. La dificultad de percibir las diferencias acaso proviene de la actitud del gobernador Barrio ante los presidentes de la República con los que ha tratado, actitud que produce confusión entre los modos y las metas del PRI y el PAN. El gobernador se significó por su salinismo luego de que el Presidente se apresuró a felicitarlo por su victoria y asistió a su toma de posesión. Y ahora el Ejecutivo tiene del gobernador de Chihuahua una magnífica opinión, derivada del espíritu cooperativo que muestra Barrio, contrastante con la rispidez en sus relaciones con el poder federal, en medio de la cual está concluyendo Ernesto Ruffo su gobierno en Baja California.

Aparte la disciplina de gobernar en un ambiente donde el principal adversario no está bocabajeado como lo estuvo en el tri-



Una de las probables causas del retroceso panista es la confusión que pudo

haber generado entre los ciudadanos el presidencialismo del gobernador Francisco Barrio, por lo que lo alcanzó el voto de castigo que ha lastimado al PRI.

enio anterior, Acción Nacional y Barrio enfrentarán el riesgo de que la Legislatura local se convierta en un obstáculo que empeore su posición ante el electorado, porque dificulte o impida acciones de gobierno. Con un poquito de esfuerzo (sólo le hace falta un voto) la mayoría priísta hasta podrá emprender reformas constitucionales, que den marcha atrás al proyecto panista. Uno de los temas en que puede generarse un retroceso es en la legislación electoral, modificada por Barrio para hacer descansar la organización electoral en los ciudadanos y en un tribunal autónomo y de pleno derecho. A pesar de que los resultados muestran que esa iniciativa no es antipriísta por definición, el Partido Revolucionario Institucional puede interpretar su triunfo como un mandato para caminar en reversa también en ese sentido. Una actitud así en ese y otros puntos produciría eventualmente un grave conflicto entre poderes.

En Michoacán se concretó el choque anunciado entre los perredistas que buscan abanderar a su partido en la contienda por la gubernatura. Quizá desde que fueron personajes eminentes en el gobierno estatal del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas (1980-86), pero más abiertamente desde que ambos ganaron las senadurías michoacanas en 1988, Cristóbal Arias y Roberto Robles Garnica se trenzaron en una batalla dentro de la cual se libra ahora la escaramuza final. Desde entonces, pero de modo acusado en los meses recientes, las tendencias encabezadas por ellos se han enfrentado tan ruidosa y vejatoriamente que parecen pertenecer a partidos enemigos y no a corrientes que coexisten en uno que lleva en su apellido su propósito democrático. Tales actitudes amenazan no sólo anular el ejemplo que su partido procura dar en la forma de escoger candidatos, sino también exasperar a los ciudadanos que sin ser militantes perredistas ha elegido esa opción para manifestar su rechazo al PRI. Ablandados por una persistente campaña propagandística que pone énfasis en la rijosidad perredista (sin detenerse, por supuesto, a explicar la causa de tal actitud), esos votantes pueden volver de nuevo sus ojos a Acción Nacional, al que mantuvieron durante décadas como la principal fuerza opositora en la entidad.

Salvo que se anulara el ejercicio interno, lo que sería suicida, es claro que Arias ostentará la candidatura perredista al gobierno michoacano. Lejos de que esa decisión de los votantes sea un obstáculo para el desarrollo de ese partido, sus líderes pueden aprovechar la ocasión para una honda autocrítica de la que resulte reconciliación eficaz, y no ruptura estéril.